

la Compañía, y para ser mejor dirigido por el santo fundador, le enteraba menudamente de las circunstancias de su persona, hacienda, negocios, obligaciones y obras emprendidas para la utilidad pública.

San Ignacio, que, como vimos, había conocido ya por revelación tan fausto acontecimiento, recibió con los brazos abiertos al hijo ilustre que Dios le traía. Mas como, dada la calidad del duque y el estado de sus negocios, era preciso proceder con mucho tiento en su tránsito á la vida religiosa, el mismo Ignacio, en su afectuosa contestación, le traza el plan de lo que debe hacer para llegar al término de sus santos deseos.

«En el nombre del Señor, dice Ignacio, yo acepto y recibo desde ahora á V. S.^{ría} por nuestro Hermano, y como á tal le tendrá siempre mi alma aquel amor que se debe á quien con tanta liberalidad se entrega en la casa de Dios para en ella perfectamente servirle. Y viniendo á lo particular que V. S.^{ría} desea saber de mí, del cuándo y cómo de su entrada, digo que, habiéndolo mucho por mí y por otros encomendado á nuestro Señor, me parece que, para mejor cumplir con todas las obligaciones, se debe esta mudanza hacer de espacio y con mucha consideración á mayor gloria de Dios nuestro Señor. Y así se podrán ir allá disponiendo las cosas de tal manera que, sin que á ningunos seglares se dé parte de su determinación, en breve tiempo os halléis desembarazado para lo que en el Señor tanto deseáis.

»Y para venir aún á declararme más en particular, digo que, pues esas Señoras doncellas [las hijas del duque] tienen ya edad para ponerlas en sus casas, V. S.^{ría} las debería casar muy honradamente, conforme á cuyas hijas son. Y si hay buena ocasión, el marqués [D. Carlos el primogénito] también se case. Y á los demás hijos no sólo les deje el amparo y sombra de su hermano mayor, al cual quedará el estado, pero demás desto, les quede á ellos hacienda competente, con la cual puedan honestamente pasar, á lo menos en una principal universidad, prosiguiendo los estudios en que tienen echados tan buenos cimientos. Pues de creer es que la majestad del emperador, siendo ellos lo que deben (y yo espero que serán), les hará la merced que tienen merecida vuestros servicios, y promete el amor que siempre os ha tenido.

»Débese también poner diligencia en las fábricas comenzadas, porque deseo queden en su perfección todas vuestras cosas, cuando nuestro Señor fuere servido que se haya de publicar la mudanza

de vuestra persona. Entretanto que estas cosas se concluyen, pues V. S.^{ría} tiene tan fundados principios de letras para sobre ellas edificar la sagrada teología, holgaría yo, y espero que Dios dello se servirá, que aprenda y estudie muy de propósito, y si ser puede, querría que en ella se graduase de doctor en esa universidad de Gandía, y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido), hasta que el tiempo y las ocasiones nos den, con el favor de Dios, entera libertad.

»Y porque las demás cosas que ocurrieren se podrán ir cada día declarando, no diré en ésta más de que esperaré á menudo cartas de V. S.^{ría}, y yo escribiré ordinariamente, y suplicaré á la divina y soberana bondad lleve con su favor y gracia adelante las misericordias comenzadas en el alma de V. S.^{ría}» (1).

Recibida esta carta, que debió escribirse á principios de Octubre de 1546, empezó Borja, según el plan trazado por San Ignacio, á disponer los negocios de su casa, y al mismo tiempo á estudiar teología, para graduarse en ella en su colegio de Gandía, que entonces se trataba de elevar á universidad. Al año siguiente se presentó un estorbo, que, pretendiendo apartar al santo duque de su entrada en religión, le dió pretexto para acelerarla más. Habían de reunirse el año 1547 las Cortes aragonesas en Monzón, y Carlos V, ausente de España, encargó á su hijo Felipe II, mozo entonces de veinte años, que procurase tener en las Cortes al duque de Gandía y le consultase en todos los negocios. Hizolo así el príncipe, y quedó tan prendado de la virtud y prudencia de Francisco, que pensó seriamente en conservar le siempre á su lado con el honroso oficio de mayordomo mayor (2). Comunicó esta idea con el emperador, su padre, y sin duda la hubiera puesto en ejecución, si el santo, entendiendo aquel proyecto, no hubiera negociado con más actividad por otro camino, para verse libre de aquella honra.

6. Escribió á San Ignacio representándole el peligro que amenazaba á su vocación, y proponiéndole el remedio más eficaz que se le ofrecía para librarse de semejantes asaltos. Este era, que con licencia particular del Sumo Pontífice hiciese, desde luego, los votos de la Compañía, conservando algún tiempo las apariencias de seglar, mientras ponía en estado sus hijos. Escribió también á Paulo III manifestándole el mismo pensamiento. Consultó Ignacio con Dios la

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 281.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. I, p. 250.

propuesta del duque, y reconociendo que á éste animaba el divino Espíritu, acudió al papa, y apoyó con calor la demanda de Francisco. Condescendió Paulo III con tan santos deseos, y expidió un breve secreto en que daba licencia al duque D. Francisco de Borja para hacer solemne profesión en la Compañía, quedándose por espacio de tres años con la administración de su estado, mientras daba feliz término á los negocios inexcusables que tenía entre manos (1).

Cuando recibió este breve Francisco, apresuróse á poner por obra lo que tenía pensado. El día 1.º de Febrero de 1548, diciendo la misa el P. Andrés de Oviedo, rector del colegio de Gandía, presenciándola solamente los jesuitas del colegio y los hijos del duque, se adelantó éste hacia el altar, al tiempo de la comunión, y puesto de rodillas, pronunció con fervor inexplicable estas palabras. «Yo, Francisco de Borja, duque de Gandía, pecador abominable y indigno de la vocación del Señor, y de aquesta profesión, confiado de la benignidad del Señor, del cual espero que en este punto me será propicio, hago voto solemne de pobreza, castidad y obediencia, conforme al Instituto de la Compañía, por privilegio que me ha enviado el P. Ignacio, Prepósito general. Por lo cual ruego á los ángeles y santos del cielo, que sean mis protectores y testigos, y lo mismo pido á los PP. y HH. que están presentes. En Gandía, día de San Ignacio, 1.º de Febrero de 1548» (2).

Ya era Borja religioso profeso de la Compañía de Jesús. Ya estaba libre de ser mayordomo mayor y de todas las dignidades seculares que le pudieran perseguir. Animado el duque con este primer paso, procuró acelerar la resolución de los negocios que le obligaban á vivir todavía en el siglo. Casó á su primogénito D. Carlos con doña

(1) No he podido hallar en el registro de breves de Paulo III éste que se concedió á San Francisco de Borja. La causa debe ser, sin duda, porque se sacó por medio de la Penitenciaría para mayor secreto en un negocio tan peregrino. Así se colige de las palabras de Polanco: «*Jam inde ab anno praecedenti [1547] tacito nomine, facultas fuerat a Summo Pontifice impetrata, ut si professionem emitteret Dux Gandiae; nihilominus per triennium a Maio mense hujus anni [1548] computandum administrationem ducatus et honorum omnium retineret*» *Historia S. J.*, t. I, p. 315. Por la misma vía le consiguieron después un breve para ordenarse *extra tempora*, y el P. Polanco se lo remitió al duque el 13 de Enero de 1550 con estas palabras: «El breve para ordenarse secreto va aquí de la Penitenciaría, y muy secreto que no hay quien sepa nada, poniendo sólo el nombre y sobrenombre que pueden tener otros.» *Regest. S. Ign.*, t. I, f. 172.

(2) *Epist. S. Francisci Borgiae*. Esta fórmula de los votos está en cifra á los principios del volumen.

Magdalena Centelles y Cardona, hija de D. Francisco Centelles, conde de Oliva. Dejó colocados, ó por lo menos bien encaminados, á los otros hijos, y concluyó las obras de caridad cristiana y obras de fortificación y defensa que había empezado en Gandía. Es verdaderamente admirable que en ocho años que poseyó su ducado pudiese terminar obras tan complicadas. Léase la siguiente nota, en la que resumen discretamente estas obras de Francisco los editores de las cartas de San Ignacio:

«Edificó y dotó en Lombay un gran convento de dominicos, cuyo primer prior fué el V. P. Fr. Juan Micón, y uno de los primeros moradores San Luis Beltrán, joven todavía. Reedificó, agrandándole, y alhajó enteramente de nuevo, el hospital de Gandía. Amuralló y torreo la misma ciudad de Gandía, comprendiendo sus burgos dentro del recinto fortificado, y la pertrechó de buena artillería para guarecer á sus vasallos de los frecuentes rebatos, que por su cercanía al mar les daban los argelinos y otros piratas africanos. Labró en la propia ciudad colegio y universidad á la Compañía, dándole rentas suficientes. Además, contribuyó á la fundación del colegio de Zaragoza, dando una casa; á la del de Sevilla, cediendo una renta que cerca allí poseía; á la edificación de la casa é iglesia de Roma, con una gruesa cantidad; y fué el primer fundador, aunque rehusando el título, del famoso colegio romano. Estos gastos, hechos en bien de sus estados, de su patria y de la Iglesia universal, no le estorbaron, ni la muy holgada colocación de sus hijos, ni las continuas limosnas que hacía á toda clase de necesitados, especialmente á los vergonzantes, á los cuales buscaba por sí mismo y por una persona muy sagaz, que á esto tenía destinada» (1).

No fueron las limosnas temporales los únicos beneficios que en estos años dispensó el santo duque á la Compañía. El gran concepto que San Ignacio formó de Borja le hizo depositar en éste una confianza sin límites, y en las cartas que por estos años escribía á los Padres de España, les recomienda á cada paso el complacer al duque de Gandía, el consultar los negocios con el duque, y aun el modificar

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 285. Sobre las limosnas repartidas por San Francisco de Borja, merecen copiarse unas palabras que el P. Oviedo escribía al P. Araoz el 8 de Noviembre de 1549: «No solamente estas limosnas en grueso hace Su Señoría, pero dalas con tanta liberalidad, que en seis ó siete años ha dado en limosna cincuenta mil ducados, y esto de lo que se puede sumar, sin hablar de las charidades de otros años atrás, y esto sé yo por testimonio de mucha verdad.» *Epistolae mixtae*, t. II, p. 313.

lo que él mismo manda, si así pareciere al duque. ¿Qué más? Hasta oficio de padre espiritual tuvo que hacer el Sr. Duque por encargo de San Ignacio. Pues como el P. Oviedo, rector del colegio, se diese á una vida excesivamente contemplativa y retirada, San Ignacio, después de probar otros medios, encargó al duque de Gandía hablar seriamente con el rector, y manifestarle los engaños del demonio, que le iban desviando del verdadero espíritu de la Compañía (1). Con mucha razón pudo decir Cienfuegos: «Todas las empresas y dificultades de la Compañía en España, y aun en Europa, daban vuelta á Gandía, á buscar dirección en el juicio de Borja, amparo de su grandeza y abrigo en su sombra» (2).

Entre estos favores, ninguno debió ser tan grato á Ignacio y á toda la Compañía, como la aprobación pontificia del libro de los Ejercicios que Francisco obtuvo de Paulo III, y de que ya hemos hablado en el libro anterior. Pidióla el santo Borja en 1548, con ocasión de las persecuciones que por entonces se suscitaron contra la Compañía y los Ejercicios, como luego lo expondremos.

Ardía el santo Borja en vivos deseos de vestirse de religioso y arrojar de sí aquel aparato de gran señor que aun debía mantener. Y como en este tiempo le interrumpiesen alguna vez los negocios y honores de la corte, juzgó el Santo que lo más seguro sería salir de España é irse á Roma, donde se podría publicar su profesión religiosa. Consultó el caso con San Ignacio, y en Roma tardaron nuestros Padres algunos meses en resolver este punto. El 13 de Enero de 1550, el P. Polanco, en nombre de San Ignacio, escribió al duque, enviándole un breve secreto, por el cual se le concedía ordenarse de sacerdote cuando y como lo juzgase conveniente. En lo de su viaje á Roma no se determina nada todavía, dejando á Borja el decidir el modo y las demás circunstancias del viaje (3). Habiendo pensado más despacio sobre el negocio, por fin San Ignacio le escribió resueltamente el 13 de Junio de 1550: «Su venida por acá con los demás parece muy acertada: guélelo todo la sapiencia eterna como más crezca en todo su gloria. Amén» (4).

7. Recibida esta respuesta no esperó más la santa impaciencia de Francisco. Empezó á disponer de priesa lo necesario para su viaje.

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 189.

(2) *Vida de San Francisco de Borja*, l. III, c. v.

(3) *Regest. S. Ign.*, t. I, f. 172.

(4) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 232.

Graduóse de doctor en teología el 20 de Agosto (1). Publicó en Gandía que para ganar con más fruto el jubileo del año 1550, deseaba visitar la ciudad de Roma, y habiéndose despedido de sus grandes amigos, que eran Santo Tomás de Villanueva, los Padres dominicos de Lombay y otras comunidades religiosas, salió, por fin, de Gandía el 31 de Agosto. Llevaba consigo diez y nueve criados, acompañamiento que entonces pareció excesivamente modesto para un personaje tan ilustre. Salieron también de Gandía con el duque nueve de los Nuestros.

Ya recordará el lector, por lo que dijimos más arriba (2), que habiendo San Ignacio terminado por entonces la composición de las Constituciones, deseó mostrarlas á los principales Padres de la Compañía. Insinuó, pues, á los Nuestros, que, aprovechando el viaje del duque, fuesen acompañándole hasta Roma los principales sujetos que pudiesen desembarazarse de otros negocios. En cumplimiento de esta orden pusiéronse en camino con San Francisco de Borja el P. Provincial Araoz, el P. Luis de Estrada, el P. Andrés de Oviedo, el P. Diego Mirón, el P. Pedro de Tablares, el P. Francisco de Rojas, el P. Hércules Bucceri, el P. Manuel de Sa, que aún no era sacerdote, y el Hermano coadjutor Julián de Verástegui, que solía servir al P. Provincial en sus viajes (3). La nobleza altísima de los Borjas, y más aún, como observa prudentemente Cienfuegos, el considerarle valido del emperador Carlos V, hizo que en todas partes se le previniesen magníficos recibimientos. Oigamos cómo describe este viaje el P. Pedro de Tablares, uno de los Nuestros que fueron al lado del duque hasta Roma:

«El gusto que el señor duque recibía en el camino con los ejercicios de los Padres que veníamos con él, lo pagaba de mortificación con los recibimientos que le hicieron en Francia é Italia, especialmente en Parma el duque Camarino. Llegados á Bolonia, fué á ver el señor Duque á los Padres, con cuyo amor y recibimiento se gozó más su espíritu que con ninguno de los pasados. De allí venimos á

(1) *Archivo municipal de Valencia*, l. I de la Universidad de Gandía. Al fol. 43 está registrado el grado de doctor conferido al santo por el P. Oviedo, como rector de la Universidad.

(2) Libro I, c. VIII.

(3) Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 10. No nombra el P. Polanco á los PP. Tablares y Bucceri; pero la ida á Roma del primero se prueba por varias cartas suyas ya publicadas (*Cartas de San Ignacio*, t. II, pp. 539 y 567), y la del segundo por una de Polanco escrita el 1.º de Marzo de 1551 (*Ibid.*, t. II, p. 313).